

Nazareno

De pronto, instintivamente, como aguzada por un invisible aguijón, la ciudad de Murcia se cierra, se ciñe, se aprieta en torno a su semana reina: la Semana Santa. Y cuando esto ocurre, un murmullo de hilanderos gusanos o hiladores gusanos de seda se percibe entre la broza, la boja, las andanas y los zarzos. El azahar se tinte de morado en los árboles, en seral de penitencia. Las velas y los cirios penitenciales resplandecen, se envaran, muestran sus pábilos dispuestos a suicidarse de puro amor, de amor supremo. Amor, sí; pero ¿a qué? ¿Qué ama el pueblo de Murcia en Semana Santa, en su Semana Santa? Todo y nada. Ama sin saber qué. Simplemente ama. O cree que ama.

En el Entierro de Cristo
me miraste y te miré.
Cadenas de amor me echaste,
cadenas de amor te eché.

El pueblo de Murcia se abre, se entrega, ama alocado, locamente, en su Semana Santa. Pero es difícil precisar exactamente qué es lo que ama, porque resulta ser el suyo un amor variopinto, muy desconcertante para el foráneo, para el hombre que viene de fuera. El amor murciano puede manifestarse de modo muy plural y contradictorio. Puede ser el amor del hombre, tosco hombre, que enciende un día una vela a la Purísima y al día siguiente ofrece ruidosos hachones y bengalas a una diosa sardinera de nalgas paganas, sedosas y lascivas. O puede ser el del estante que reniega, que maldice y hasta que blasfema porque el paso le pesa le quiebra, le hunde en el asfalto. O de quien se embriaga de oraciones y de vino corriendo las estaciones. O del que no se atreve a seralar al Cristo con el dedo porque eso no se debe hacer. O de aquel otro nazareno que abandona la carrera procesional para meterse un tiento entre pecho y espalda en el bar de la esquina. O del hombre que se arrodilla frente al sagrario ofreciendo cualquier sobrehumana promesa; o el del penitente que carga con cuatro cruces y camina descalzo; o el de la manola que para ver y para que la vean corre estaciones con su pretenciosa mantilla y teja; o el del nazareno que reparte las "monas" y las habas a los turistas para que puedan éstos decir, que en Murcia somos unos tíos muy típicos; o el del pobre hombre que sube a la Fuensanta de rodillas sobre el chinarro, por penitencia; o el del niño que se lleva asombrado el dedo a la boca cuando ve al Cristo desangrarse por las entrañables calles del centro; o el del nazareno que abandona el paso de Salcillo — por el que bien daría si fuera preciso un par de ojos por conservarlo— sobre las recargadas espaldas de los compañeros para ir a dar una pastilla a la chica que se engalana con el carmín más dulce para sonreírle... Todo es posible en esta Semana Santa Murciana en la que el amor, oh, y el temor, ay, se funden y confunden y entreveran, y también, cómo no, el dolor y la alegría la fe y la liturgia, la muy sui generis revivificación pasional del misterio y la escenificación ferviente de la resurrección.

La Virgen llena de llanto
va cruzando sobre el río
y el agua le va cantando:
¡Todo tu dolor es mío!

Hugh Thomas, hablando de España, recogía con pasmo la afirmación del Arzobispo de Sevilla: "Esta gente estaría dispuesta a morir por su propia virgen, pero estaría dispuesta a quemar la del vecino a la menor provocación". El venturoso reparto de obras de Salcillo por las distintas parroquias murcianas exonera de tentaciones al murciano, le libra de recurrir a las manos para contraponer su virgen a la del contrario. Sin embargo, cualquier cofrade local estaría dispuesto a hacerlo, seguro si se le dijera con donosura o malauva que su cofradía es menos lujosa que tal otra y sus miembros más tacaros en el reparto de la carga del "buche".

—Es un nazarenucho de na, un roñica, mira que buchico lleva, es que ni el de una paloma esmayá, oye.

En Murcia, el nazareno lo es más, es más nazareno cuanto mayor es su "buche". El penitente que carga y arrastra dificultosamente varias cruces y planta sus pies desnudos en el guijoso empedrado, levanta ayes, ohes, santiguamientos, oleada de conmiseración. No así el espléndido nazareno o estante que muestra un enorme, mayúsculo buche; un buche redondo, lastrante, caído, surtido... éste nazareno ni inspira pena ni piedad, sino que inspira comentarios admirativos y exclamaciones de tal calibre que le sitúan en rango de paridad con la figura del héroe.

— Que no falten huevos, ni bocadillos, ni "monas", ni empanadillas, que no falte naíca, María.

— Oye, nazareno, dale una monica a la nena, es que está falta, ¿sabes?

— ¿La quieres especial, nenica...? ¿Con relleno de ensaladilla y sesos, o normal?

— ¡Anda que poca guasa que se gasta el nazareno de la leche! ¡menudas salidas tiene el tío!

— ¡Eh, chacha, que es a ti a quien te llaman, no ves que te está haciendo señas!

— ¿A mí?

— Pues claro, a usted, a quién va a ser, coja de una vez lo que le dan, que con el cuento del reparto se me pone delante el tío y no veo a ningún conocido.

— Pero ¿quién es?

— ¡Y dale con la mujer, qué pesadez, para qué querrá saber quién es!

— Soy el Julio, el del Peinao.

— ¿El Julio de qué...?

— ¡Que la ondulen señora!

— Joer con la tía está más sorda que una tapia.

— ¡Y no ve ni torta...!

— Ni deja ver.

— ¿Y qué trono dice usted que viene ahora?

— No sé, como quiere que lo sepa. ¿Pasó ya el de la Samaritana?

— Yo es que ni enterarme, oye, que está una dale que dale el biberón a la cría y luego además con toda esa gente de mierda poniéndose delante, a ver qué quieres.

— ¡Pos haber pagao usted como hemos hecho los demás y no la molestarían!

— ¿Y a usted quién la llama a opinar? Si habla conmigo corte porque yo ni caso, por este me entra y por este me sale.

— ¡Vaya con la educación!

— Educación de Jesús y María conque ya lo sabe, señora. Y se acabó.

— Por m í.

Dos días antes de la procesión el nazareno comienza a sacar del arca las enaguas, las medias, las alpargatas, la túnica, el paruelo, el capuz... y los revisa meticulosamente para ver si están o no en buen orden. Luego, su mujer, lava las prendas, las plancha, las revisa, las aromatiza.

- Eso de renovar las túnicas de cuando en cuando es una cosa que está bien pensá.
- Pa ti que no tienes que comprarla, claro; si tuvieras que aboquinar tres mil ochocientas como yo ya me contarías, ya.
- ¿Tres mil ochocientas has dicho? Pues ya tienes ganas de salir, oye que eso te importa un pico.
- ¡Y qué vas a hacer! ¡Si lleva ya uno quince aros de carrera, va a faltar ahora uno por cuatro jodíos billetes...!
- Es que bien pensao, si no cambiaran las túnicas; pues eso, que ibáis a parecer tos unos piojosos.
- Y menuda impresión se iban a llevar de Murcia los forasteros.
- Ahí si que te doy la razón, que en otras partes, en Cartagena sin ir más lejos, sé yo de cierto que se gastan más lujos y reclaman más al turismo.
- Y además siempre queda el recurso de pedir prestada la ropa a quien no salga.

En día de procesión, de su procesión, el nazareno, se levanta temprano, con el alba, porque duerme mal y la emoción le hace arrojar de la cama. Va al trabajo, pero pasa el día nervioso indicando a la gente en qué mano debe colocarse para que él la vea y que, en consecuencia, pueda darle una buena "manotá" de caramelos.

- Ponte a la derecha, en la puerta del Drexco más o menos.
- ¿Y tú dónde dices que te pones?
- Yo, ya sabes que me pongo a la izquierda de toda la vida de Dios, donde la óptica, así que no te vayas a hacer el longui.
- No si lo que pasa es que con tantas derechas e izquierdas que recordar, pues que se me hace la memoria un nudo.

En el trabajo pide permiso para salir antes de tiempo y se va volando a su casa, donde se ducha como un novio y se hace vestir por la familia como un torero chulanguero, ya que embutirse en tan inusual atuendo no es fácil si no se cuenta con la ayuda de un experto. El tal siempre aparece a última hora y dice que "cómo te atreves a salir con esa facha", y le hace a uno desvertirse y pide una chaqueta vieja para que la túnica caiga bien en las hombreras y no se cantee hacia atrás o adelante, y el pobre "nazareno" —en este aspecto penitente—, ha de aguantar con paciencia los envites de unos y otros, los apretones del cordón en el vientre, y la túnica que le colocan a capón y que, poco a poco, va engullendo, cual la gran ballena que se tragó a Jonás, las cuatro docenas de huevos cocidos, los de pega, las dos docenas de "monas", los bocadillos, las habas, las empanadillas, los dos kilos de caramelos surtidos, las pastillas, los lujosos recordatorios...

—Y tú te sientas —dice a la mujer— en la plaza de la Cruz y te estás muy atenta a que yo reposte. Así que te vas pronto, que luego no te vaya a faltar silla y la liemos.

—Y mi Amparo se sienta antes con el novio, ya sabes en la Glorieta, que no se te olvide, que como eres tan despistao y vas siempre con la boria en los ojos, que a ver si no se te pasa repostar también allí.

Ay cómo le caen al nazareno las enagüicas, unas enagüicas blancas como la clara a punto de nieve, refulgentes y aromadas por los membrillos del arca, bordadas y con encajes de bolillo, bien dispuestas para que asomen bajo la túnica. Y cómo le caen, también, las medias de repisco cuando se las sujeta con ligas duras. Y qué decir de las doradas esparteras o de las blancas alpargatas con sus cintas de color o negras... El nazareno, un ser ya sin voluntad, se deja colocar el paruelo en la sesera para que la seda o la percalina o lo que sea le enjuague bien el sudor y le libre de las molestas rozaduras. Acto seguido, el nazareno recoge los billetes que le da su mujer y se monta en la bicicleta apoyando en el portaequipajes y en el manillar cada uno de los cabos de la muleta o estante con que habrá más tarde que sustentar el paso. Pero antes, como un rito, pasará por la taberna a participar de la buena merendola reparadora de fuerzas, propiciadora de arrestos con que aguantar el enorme peso del paso, de su paso.

Es el paso de la Cena
más pesado que ninguno,
y es porque Judas va en él
y una traición pesa mucho.

Cada cual pone sobre el mostrador lo que le dicta su conciencia: un par de huevos, una mojama, una raja de bacalao, unos tomates, y algún que otro tropezón que encuentre a mano.

—Andar y comer que no se os caiga luego el paso, que el vuestro es trono que pesa.

—Como un cochino.

— ¡Hombre, un respeto que se trata del Cristo de Bussi! —No, si lo decía en metáfora, quiero decir como un bien entendido.

Los nazarenos llenan a modo la tripa, comen con gula, beben hasta "calentarse un tantico", bromean, hablan de las particularidades de la cofradía, comentan incidencias habidas con los mayordomos, sonrían a los que entran y salen del establecimiento, se colocan chulaponamente el clavel en el ojal y salen en busca de la calle dispuestos a cumplir su promesa anual de arrastrar los muchos quilos que llevan en el buche que, sin exageración alguna, pueden llegar a ser tantos o más que los del paso.

A la puerta, la chiquillería les cerca, les hostiga; canturrean, la mano extendida, una interminable salmodia:

—Nazareno, por favor, me dé un caramelico... un carameliquio, por favor, nazareno... Ande, nazareno, me lo dé, aunque sólo sea uno.

Y el nazareno, que tiene muy presente la letra de la pastilla: "El que en la Semana Santa/ no reparta caramelos,/ no tendrá perdón de Dios/ ni podrá subir al Cielo", se echa mano al buche, revuelve pesadamente la carga y tiende un caramelo al crío más próximo, y luego al de más allá, y también a aquél otro...

—Buena cosa has hecho, ya los tienes ahí, clavados encima de ti, golosos como moscas, joer.

—Es que no hay que ablandarse, oye, eso ya lo sabes de siempre, que aluego aluego llega uno a la procesión sin género.

— ¡Venga p'allá, nenes!

Y el nazareno severo ensera a los críos la punta de la muleta, del estante, amenazando con darles un suave garrotazo en las costillas si siguen mareándoles.

Los críos se repliegan. No huyen. Miran con descaro. Y se quedan jugando a los tacones cajas de cerillas vacías y fundas de papel de fumar. Otros juegan a los botones. Y también los hay que juegan a policías y ladrones, a la una de la mula o al pijotón.

A pesar de todo, los nazarenos llegan a la iglesia algo dispensados de carga a causa de los inesperados e inevitables encuentros callejeros. Y ya sin "burra" (bicicleta), la cual dejan en San Antón, en la Puerta de la Traición, en Marqués de Ordoño, en la Puerta de Orihuela..., entran muy respetuosamente en la iglesia, donde los cirios de los pasos clavan vivas llamas en las paredes.

Comienza el desfile procesional. Los pasos enfilan la puerta. Los nazarenos, colocados en sus correspondientes puestos de "cepo", tarima o "punta de vara" cargan con el trono. Este se balancea a izquierda y derecha, adelante y atrás, sobre las sobrias espaldas de los hombres, de los hombrones que aguantan con estoicismo, con bravura el golpe, la brusquedad del peso inesperado, nunca calibrado del todo. Los farolillos del paso juntan sus lágrimas de cristal con un chirrido delicado, crujen, gimen, parece que fueran a quebrar. La madera grita, chilla, rechina. Las velas chisporrotean. Los estantes araran el suelo. El trono se cantea a un lado da la impresión de que fuera a caer sobre el público de la primera fila, pero, al punto, se endereza, gira, emproa una esquina y se dirige al otro lado, hasta que, por fin, toma allí la primera recta de la calle. Los pies de los nazarenos, todos a una, rítmicamente arrastran ahora el peso hasta la esquina, una vez allí se detendrán, también a una, y tomarán un respiro, un merecido respiro.

Tras los pasos, los monstruos sagrados de la música (Chopin, Bethoven, Vivaldi, Mozart...) se asoman a las partituras que llevan pegadas a las narices los chavales de las bandas. ¡Música maestro! Los platillos suenan a reales de Negrín; el bombo, a rancio; el tambor, a pedo. La noche comienza maravillosamente a estrellarse. ¡Hay caramelo, oiga, hay cara, caramelitos de Hellín! Un ligero humor húmedo recorre las espaldas del público ¿Quieres un globo, nene? Al paso de los tronos la gente se pone en pie, se santigua, admira las tallas, sufre el balanceo, sigue de cerca la desbandada de los nazarenos, que dejan el paso solo, prácticamente solo, a lo mejor solo. El paso parece caer, casi se cae, hay quien dice que se cae, "si es que no puede ser, diez personas para mantener tanto peso, y mira aquéllos que quietos que se están, tan panchos..." Hasta que, cómo no, se percatan del riesgo y acuden corriendo a salvar el trono de la terne gravedad.

— ¡Jesús, qué susto, qué miedo, qué espanto! Un aro va a ocurrir una desgracia.

— ¿Sale algún conocido?

— Sí, el Manolo, míralo allí viene en el de la Samaritana ¡Chacha, mira, el Manolico, hazle señas pa que te vea!

El nazareno mira a cegarritas, se queda un rato con la mano en la frente, apantallada en los ojos, porque el neón de los establecimientos le deslumbra, le impide reconocer a aquella bola de color que grita su nombre. Cuando, al fin, repara, reconoce su identidad, la identifica, suelta una sonrisa, una o más, o una carcajada, o un coro, o todo a la vez, según el grado de familiaridad o conocencia.

—Es que no te conocía, pijo, con tanta gente llamando a la vez, te haces un lío de mil demonios.

— Chacho, tú que se cae el "paso".

— ¡Cha p'allá cortando!

El nazareno, no se inmuta, está acostumbrado, da media vueltica al buche, saca media docena más de caramelos y los entrega con orgullo a la persona conocida. Al marchar, inevitablemente, deja caer el caramelo sobrante en las manos temblorosas, esperanzadas y ansiosas de la nira, pobrecica, que le mira con ojos engolosinados.

Semana Santa Murciana
sin sol, el viernes, su cielo,
o Estantes sin caramelos...?
¡Será inglesa esa semana!

El nazareno corre hasta el "paso" que se balancea, mete su hombro robusto, coloca el estante en el suelo, aupá con fuerza, arriba; se nota ahora alivio en los hombres que parecían ya a punto de derrumbarse, llegan más refuerzos, aupan a una todos; el "paso" se estabiliza, el público respira, los nazarenos sonrían desde lejos con sus bocas grandes y graves, un mucho turbias a la altura del bigote.

—No pasa na. Es lo típico.

El "paso" inicia nuevamente la marcha, enarca el lomo, dobla a la izquierda, se apresta a tomar la angosta curva. Los nazarenos enfilan el cruce pegándose a tope a la barrera de sillas de la derecha. La gente se lleva la mano a los ojos, hay quien cree que en cualquier momento puede ocurrir una desgracia. Pero la desgracia no ocurre. Ya en el balcón hay una mujer que se pasa la mano por la boca, asoma la lengua, y se apoya al barandal. Todo el mundo sabe que está preparándose para cantar una saeta, que lamentablemente ya es una rareza, una verdadera rareza.

El "paso" se enfrenta a la persona que canta. La gente contiene el aliento.

Dicen unos:

— ¡Qué voz!

— ¡Qué hondura!

— ¡Qué sentimiento!

— ¡Qué cojones tiene la tía!

Preguntan otros que quién es, que en qué balcón está, que si es joven o vieja; otros ordenan silencio. Pero los más hablan, escuchan y hablan, las dos cosas al tiempo:

- Es que raja el sent lo con esa forma que tiene de cantar.
- Se te hace un nudo aquí.
- Arranca lágrimas.

Cuando, al fin, la cigarra yugula su canto lamento-ofertorio, la gente aplaude. Al final se aplaude. El paso se endereza, gime, gruje, sigue su marcha. La gente ya no vive sino pendiente de que llegue otro, ojalá que la persona en cuestión se arranque de nuevo con una de esas saetas que son como berbiquines de carpintero taladrándole a uno el alma agnóstica.

El nazareno busca conocidos entre la muchedumbre. Cuando nadie le llama se queda un tanto como contrariado, "a ver si es que no tengo amigos, leche", piensa, deja el paso y echa a correr mirando con ojos astigmáticos y miopes ¡eh, nazareno! para donde cree haber visto un bulto conocido ¡chacho, nazareno!

- ¿Eres tú, Pepa?
- ¿Quién yo?
- No, la de al lado.
- ¿Esta?
- No más allá, la que hace cuatro de su derecha.
- ¡Eh, a usted que la llama el nazareno!
- ¡Ah, pero si es Luisico! ¡Qué despiste! Perdona, hijo, ¿llevas "monas", es pa mi nieta, que tiene falta.

Colgando del trono los nazarenos llevan una bota bien llena de vino. De cuando en cuando se meten bajo el trono para echar un "calichazo" que la concurrencia aplaude o cuando menos señala o celebra. El nazareno se excusa elevando los hombros y sacudiendo la mano como dando a entender que el "paso" pesa lo suyo, que es de piedra y que duele más que el de la Cena. Luego se ajusta el mondongo bajo el cinto dándose fuertes sacudidas. La gente bromea, deslía los caramelos, los chupa, los escupe, los guarda, los reparte.

Mientras chupes, nunca escupas,
porque si chupas y escupes,
¡so majadero!, ¿a qué chupas?

El nazareno pasa la bota al compañero de andas. Este dice que no, que más tarde, deja el "paso" cruza súbitamente las filas de los espectadores y se mete en el Cuarenta y Dos a tomarse una cazuelica de ternera con guisantes, una cerveza fría o un carajillo de anís. Mientras tanto, otro nazareno se busca en el buche, encuentra un bocadillo, le retira ligeramente la servilleta y muerde medio de una vez. El mayordomo golpea en tan trascendental momento. Todos los estantes, a una, se retiran del trono. Este avanza majestuoso, como sobre una ola, con su chinchineo de lágrimas y cera.

- A las tres ¡Amos allá...!

Los nazarenos repostan en los puntos estratégicos previamente acordados. La mujer, el hijo, el padre, el pariente, salen a su encuentro con una gran bolsa de caramelos y otras chucherías al uso. El nazareno abre el buche para que el otro le vaya metiendo la carga.

- Pon por aquí los bocadillos, que luego no los encuentro cuando los busco.
- Es que, macho, es esto tan grande.
- Tú aprieta, sin miedo, le, que el que lo lleva es un hombre.
- Ahí está la Encarna, no te vayas a pasar sin darle.
- Esa si ve que me paso sin darle, moviliza media Murcia hasta encontrarme. Conque no pases pena mujer que ya sabe ella hacerse notar.

Cuando los puntos de "repostaje" previstos no son suficientes, el nazareno entra en la primera confitería que encuentra a mano, y si el público se lo impide, solicita cooperación de cualquier voluntario.

- ¿Oye, me compras por favor dos quilos?
- ¿De pastillas?
- No, de los baratos
- ¿Surtidos o sin surtir?
- Surtidos.

Y le entrega un billete para que pague.

La procesión sigue su curso. Los niños lloran o ríen, meriendan, cenan, beben, mean, chupan caramelos. La gente presenta sus bolsas de plástico a los nazarenos para que éstos las llenen. Los bolsillos ya rebosan, también las manos y los bolsos. Los novios se hacen carantoñas aprovechando los descuidos de las carabinas. En las bocacalles se ponen disimuladamente rabos. Hace calor. La vieja mira a los tórtolos.

Si tu suegra no te quiere
y la quieres camelar
con un caramelo de éstos
pronto lo conseguirás.

El hombre se fue a buscar los caramelos vuelve con dos bolsas de papel muy abultadas. Las pasa por encima de las filas de los que están sentados. Presenta las vueltas al nazareno. Este coge los billetes y quiere gratificarle con una moneda de diez duros que el otro no acepta, faltaría más.

- No, hombre, no, que pa eso estamos, pa ayudar.
- No me hagas el feo, leche, por lo menos de un par de huevos cocíos, anda y tómalos.
- Eso sí, ya ve, pa cenármelos ahora con un chatico.

Las personas que están en las primeras filas ayudan al nazareno a trasplantar los caramelos de las bolsas al "buche". El mayordomo con pintilla de mandamás se acerca dando golpes con su vara metálica en el suelo, es la señal que le hace para que se apresure. El nazareno le dice: "Va, va, que no hay prisa..." El mayordomo le ayuda a colocarse los caramelos y mientras agita las ensortijadas manos, aspavienta y rezonga

que "así no hay modo de que haya orden" ¿Y quién quiere orden, oiga? ¿Quién quiere orden? Si una procesión murciana es antípode del orden, es modelo de libertad, democracia de la realísima gana, anarquía supina en la que cada cual va a su aire, por su sitio; pero todos a una.

—Eh, maestro, que se cae el paso.

El nazareno corre al encuentro del paso que se tambalea a la entrada de la angosta calle de San Nicolás, por la que se diría que no puede entrar.

Los de los balcones alargan la mano para tocar el manto de la virgen, mesar los cabellos del Cristo o acariciar los hombros desnudos y regordetes de los ángeles. A veces echan cajitas de cartón atadas a un hilo para que se las llenen o se resguardan con ambas manos para evitar que les alcance la cara las manotadas de pastillas que arrojan los nazarenos tomando impulso. Cuando el nazareno falla manifiesta su disgusto, vuelve a meter las manos en la túnica, agarra otras pastillas y se queda tirando, qué puntería, afina, hasta que llegan al balcón de sus desvelos.

El nazareno se arrastra bajo o cortejando el paso, una hora, dos horas o las que hagan falta. El hombro le duele, le escuece, le abrasa; es pura agujeta. El nazareno trata de evitar el peso, ahueca disimuladamente, pero nada, el peso es siempre el mismo, porque ya nadie está por cargar por los demás, y todos aflojan.

— ¿Cuánto decía el cura que pesaba el paso al salir?

Desafiando abiertamente las leyes de la lógica, el "paso" pesa ya lo menos cinco veces más que cuando salió. Los nazarenos se tambalean, reventados, ahítos, horros de ánimo; soportan malamente la dureza de la madera, una dureza que sobrepasa ya la almohadilla y que les suelta mordiscos en los hombros.

—Anda y échate un tiento, joer, que si no, no llegamos.

Los nazarenos beben a morrillo de la botella regüerto de néctares alcohólicos, pelan huevos con la mano que les queda libre, los comen de un bocado, se empalagan, tosen, escupen trozos de yema, pisan las cáscaras, miran a las mozas, les guñan el ojo y les indican con la mano que esperen que enseguida vuelven a darles aunque nada más que sea una pastillica, que poco es lo que va quedando a cola de carrera.

Tu boca, que amar provoca,
forcé con un caramelo.
Y vi un trasunto de cielo
en el cielo de tu boca.

El nazareno vuelve corriendo hasta donde se encuentran las mozas que le hacen tilín, mozas que a lo mejor ronda o que tiene "ojeadas" por si acaso. Las mozas fingen timidez, sonríen, se enconchan victoriosas en viéndole venir, alargan la mano, rebosan coquetería.

— ¿Llevas de menta o de grosella?

—De lo que tú mandes —dice el nazareno y le larga un buen purado de habas tiernas.

Cuando a un nazareno veas,
con la túnica embuchada
no le pidas caramelos
que lo que lleva son habas.

Las mozas sonrían, bromean, coquetean, ahuecadas, mientras el nazareno revuelve el buche buscando algo que tiene mucho interés en entregarles: huevos cocidos envueltos en servilletas del ramo de Santa Marta. Las muchachas los recogen con agrado, se miran entre sí, se intercambian alborozos y sonrojos, dan las gracias, prometen pasar más tarde por la iglesia para marchar juntos al pueblo, a fin de tener ocasión de iniciar cualquier tipo de cabal entendimiento.

El nazareno se va corriendo, casi al trote, porque reclama su presencia el mayordomo.

Las mozas desenvuelven los huevos, tratan de pelarlos, los golpean contra el espaldar de las sillas, están duros, muy duros, durísimos, se callan para que también las otras piquen, "¿Conque duros, eh? ¡Me cago en el tío, por no que los ha dao de pega!, dicen, ríen como tontas apoyándose unas en el hombro de las otras, prometen vengarse, no ir por la iglesia a esperarle o ir y hacerle alguna trastada, algo de lo que se acuerde.

Soy un caramelo
muy fino y delicado
ten la consideración
de chuparme con cuidado.

Los faroles rechinan, trinan en los tronos. La sangre del Cristo cae a borbotones en el cáliz. Ciertas personas rezan en silencio. Otras se mascullan en el oído arrullos y promesas de amor. La fuente de la Plaza de las Flores ha detenido sus caros. Hay palomas que revolotean en los aleros. En la ventanilla de la Tapa sirven calamares a la plancha, navajas rociadas con medio limón y chapinas de ensaladilla. En la trastienda de Bonache, los amigos de Alberto se comen un "pastelico" arreglao y una Estrella de Levante fría como el hielo. Los caramelos salen a puñados de las manos de los nazarenos, llegan a las últimas filas, caen sin que nadie los atrape, los críos se meten por debajo a cogerlos y de paso miran las bragas a las descuidadas. Desde un balcón baja una cajita vacía y sube llena.

Voy de nazareno
con la procesión.
Desde el nazareno
iré a tu balcón.

La recién casada tiene al marido cogido por la oreja, le da vueltas al órgano de la audición, una y otra vez, el hombre está colorado, tiene una colilla bailándole en los labios, las manos que de vez en vez suben a quitar los largos y zalameros dedos que le importunan la oreja son rudas, callosas, de destajero.

— ¡Eh, oiga, bájese del esperigallo, que no veo...!

El hombre se vuelve con lentitud, dice airado, sin complejos:

— ¡Qué esperigallo ni qué demonios, es que soy así de alto, pos s'a fastidiao!

La banda desfila marcial tras el donoso caminar del director, que marca con una mano la raya del pantalón mientras agarra con la otra la batuta como si fuera un nardo. El director mira al frente, muy a lo alto, por donde los anuncios. Los otros caminan a su aire, mirando donde pueden. El del saxo, al botón primero; el del trombón a la salida de aires, el de la flauta, al dedo meñique, el del tambor, abajo, el de los platillos, a las moscas. Detrás va un loco soltando cohetes imaginarios, y algo distanciados, las apingüinadas autoridades, frac de prestado o propio, según posibles, el señor alcalde y sus satélites los tenientes de alcalde. El presidente de la diputación esconde la tripa como puede en la curva del frac. Un concejal aprovecha para pelotear. Los diputados muestran la palidez de la vela, que parece un legajo. El obispo recoge la capa en el brazo y sonríe muy pastoralmente rodeado de canónigos, clérigos, seminaristas y otros acólitos. A la guardia civil le negrea el tricornio. Pero el plato fuerte son los paracas, qué tíos, cómo desfilan, eso es marcialidad, y no la del comisario de policía. Los paracas marcan el paso, se cruzan, basculan, limpian la calzada, miran de reojo a las chachas de servicio, que sufren por ellos lo indecible.

Los primeros nazarenos ya han entrado en la iglesia. Dejan los cirios llorones en los entantes, los apagan con un soplo, se sientan en una silla si es que la encuentran y si no, en las baldosas de la parte trasera de la sacristía. Los penitentes marchan liberados de las cruces y de sus velas. Los estantes cogen una "ramico de claveles del paso" y con él sujeto al estante se retiran camino del bar o la taberna donde se agruparán, cantarán, hablarán, escupirán, mearán, estirarán los huesos condolidos, se reunirán con sus familias, con sus mujeres o con sus novias, tomarán unas cervezas, unos chatos, unos carajillos, pondrán nuevamente unos huevos cocidos, unas habas, unos bocadillos sobrantes de la carrera, sobre el mostrador y con unos tomates que arada el tabernero y unas olivas partías volverán a hacer una ensalada con la que cenar por segunda vez.

Segunda o tercera cena que, nadie lo dude, se tendrán bien ganada.